

ORAR LA VIDA

"No tengo ni un minuto para perder..."

"¿A qué sirve eso?"

"¿Qué es lo que eso cambia?"

"¡No contesta Dios!"

"¿Para qué esperar de otro algo que se debe a sí?"

He aquí las objeciones hechas a la oración...

Y, con todo, por aquí y por allá, hombres y mujeres siempre en mayor número, buscan hallar el camino de la oración.

No sé rezar....

He aquí un testimonio:

"Al rezar, hallo el único lugar de mi existencia donde hay algo de verdad. Sé ahora que la oración no es lo que creía, un refugio o una huida, sino más bien un esfuerzo mediante el cual uno remonta a la fuente de lo bueno dado a nosotros para vivir, una fuente desde la cual me había separado por negligencia y por vanidad. Que se encuentre abierto el camino hacia ella es, para mí un milagro."

Este hallazgo ¿quién sabe? ¿no será también el tuyo?

Al sugerirte algunas reflexiones acerca del rezo, entiendo dirigirme a hombres no atraídos a este tema como si, para ellos, era asunto juzgado, sus vidas tan ocupadas ponían al rezo bajo entredicho, y como si que, por añadidura, podrían calificar a la oración como un lujo para cierta gente con hartos tiempo y con harta tranquilidad.

Me dirijo a ti, quien, por hábito, rezastes esta mañana, sin más. No rezas sino de cuando en vez: "Para qué ir repitiendo todos los días, la misma cosa? Yo, en cambio, rezo sólo al sentir un menester de inmediato."

Has perdido pie con el rezo, sin darte mucha cuenta de ello y bajo el peso de cansancio excesivo, como delante de una fatalidad. Estoy demasiado fatigado... No me alcanza el tiempo.

Tú quien, sin duda por rezar antes según tu manera, estás demasiado resentido contra lo que crees ser el rezo: sobrevivencia - según tú- de otros tiempos; técnica cómoda para colmar nuestras insuficiencias de pensar y de actuar; manera de confiscar a Dios para intereses particulares; forma burguesa de seguridad; mistificación inclusive, al retardarse resignado e inactivo.

Me dirijo a ti quien ni dispones del mínimo de sosiego y de silencio para tus jornadas (un silencio que acabará siendo para ti igual de insoportable como el ruido, tanto te lega a ser extranjero). "Ya sé, decía un trabajador, que durante siete u ocho horas será pura máquina."

Tú quien hace tiempo ya habías desaprendido a orar, aunque siguiendo con interés algún debate sobre el tema: "Asuntos religiosos, eso sí que me interesa, pero no vayas pidiéndome más.

Ninguna de tus objeciones al rezo ignoro (y son además, todas iguales):

El tiempo perdido: "no me alcanza el tiempo..."

Lo inútil: ¿Para qué sirve eso? ¿Qué se va a cambiar?"

El vacío: me hallo ante un muro... Dios no contesta...

Un orgullo ilusorio: "¿Para qué esperar de otro lo que sólo te atañe a ti...?"

Hagamos brotar una oración de nuestra vida cotidiana.

Te muestras sincero en tus objeciones y es justamente tal sinceridad que merece mi respeto. Me permite parejamente igual sinceridad al contestar.

Lealmente te propongo a reflexionar sobre tus dificultades particulares para el rezo y buscaremos juntos algún rezo que será el nuestro delante de la civilización técnica y a pesar del bullicio de la vida moderna. Una oración para hoy, tal cual como pueda brotar de la vida cotidiana.

"El Rezo, nada de eso para mí". Tan amarga queja he escuchado a menudo de los labios de gente atropellada por la vida, y embrutecida también a tal punto como para no tener, la noche, capacidad para fijar el espíritu en la oración.

"El Rezo, nada de eso para nosotros!". Al decir eso, te has colocado entre los resentidos que piensan: un carro, vacaciones por la playa, una cabaña, no es para nosotros eso. E igualito es el caso de un papá quien se pone a gritar a su hijito: "Mírame bien, ya no hay Buen Dios para nosotros, sino la pura suerte!".

Tal queja no puede quedar sin respuesta. Y si algunos de entre nuestros lectores sientan desprecio para con ellos que rezan y tengan confianza para ponerle descrédito a la oración, queda el hecho de que - en conjunto y contra cualesquiera obstáculos - todos nosotros compartimos una misma angustia: aquella indefinible de todo hombre de nuestros tiempos. Como si delante los adelantos de la ciencia y los sobresaltos de una vida humana transtornada hasta los cimientos, el hombre contemporáneo estaba cogido de vértigo ante su propio destino. Participando en la aventura acelerada de su época, deslumbrado por sus propias conquistas del universo, no siente menos el hombre la agudeza de sus propios límites.

Ese que reza, es antes que nada aquél quien confiesa: "No sé rezar".

Llevado fuera del campo de su conciencia, el hombre sin rezo está a la búsqueda de un centro interno, bajo riesgo de enajenamiento. Tendríamos que afirmar que un hombre sin rezo se deshumaniza.

Acontece que hoy para el rezo existe crisis y renovación. Varios indicios nos regocijan: el retoño de la oración comunitaria y de los estudios bíblicos; la elevación litúrgica a raíz de Vaticano II; grupos espontáneos de oración; la Renovación carismática de la cual el encuentro de verano en Lourdes ha dado la medida de autenticidad; Taizé para la juventud, Sanint Gervais en París y otros sitios.

Sólo falta que la gran masa de cristianos se acostumbre a esta hálito lleno de promesas. La crisis de la fe lo ha cogido al cristiano hasta en su rezo. Hace parte el rezo del propio movimiento de la fe. Pero el sencillo hecho de querer creer puede ser propiamente un efecto, un signo de la oración, signo de un hilillo de agua de oración.

Orando, se supone consciente de una indigencia radical ante Dios. Etimológicamente la palabra orar viene de la precariedad. La vida a menudo se encarga de recordarnos de nuestra propia pequeñez. Hay una indulgencia escrita en la naturaleza de nuestras relaciones para con Dios. El hombre no puede tornarse hacia Dios excepto al estar llamado y sostenido por Él. La cara de Dios que mira al hombre se llama el amor y el rostro de hombre tornado hacia Dios se llama el acogimiento, y la oración. La pobreza evangélica es- según Juan Evangelista - esta disponibilidad de uno quien, no teniendo nada propiamente, lo puede recibir todo de Dios quien quiere todo regalar. Se abren de par en par, pues, "a los que tienen espíritu de pobre" (Mt 5, 3) las puertas del reino de la oración.

Dice San Pablo: "Además el Espíritu nos viene a socorrer en nuestra debilidad; porque no sabemos qué pedir ni cómo pedir en nuestras oraciones. Pero el propio Espíritu ruega por nosotros, con gemidos y súplicas que no se pueden expresar". Rom 8, 26.

De manera que anunciando "no sé rezar" (con su sobreentendido de hacer lo posible para mejor orar) equivale anunciado dentro de nosotros de la presencia del Espíritu Santo, el Solo capaz de soplar en nosotros tal nostalgia de Dios.

"No me habríais buscado si no me habías ya encontrado", esta palabra que pone Pascal en los labios de Cristo se verifica en la oración.

Los santos, los contemplativos - aquellos profesionales del rezo- están unánimes al declarar indispensables estas disposiciones de radical indigencia.

El que reza es antes que nada el que afirme, "No sé orar".

"No sé orar": declaración de amor es. Todo amor comienza por una declaración. El deseo para orar confiesa un deseo que es de Dios.

Por tomar la contra, algunos libremente dicen, "He hecho mi oración" iguales como dirían, "he lavado los platos". Es decir, me he servido de las fórmulas espontáneas del rezo con una tranquilidad de cosas propias a sí. Los platos están lavados, el rezo está clasificado perteneciente a un momento de tiempo: todo en mi noche está en orden; no me queda sino ir a dormir...

¿No quedarían ellos sorprendidos al ver nuestra manera de rectificar? : no, has hecho tuya la oración de Cristo ya en ti.

No se trata de una batalla de palabras. Nuestra época de activismo, de productividad, nuestra mentalidad occidental nos predisponen a apropiarnos del rezo como una obra propia en sí, fuese ella para Dios, y en la cual pensamos tener la iniciativa. Una obra que expresa nuestra posesión en sí en lugar de ser el gesto filial de dependencia conscientemente aceptado.

En marcha para el viaje interno...

Existe, por cierto, un arte de orar, lo cual da a entender que haya iniciación, que sería un esfuerzo fatigoso; habrá necesidad de temer las negligencias y de esquivarlas pero el rezo es antes que nada un don de Dios.

Este don que es la oración es el propio Cristo. Nos ha dado Cristo su oración en la misma forma que nos ha dado la Eucaristía, en la misma forma que nos ha dado la Iglesia. Oración, Iglesia, Sacramentos todos son inseparables en nuestra fe, igual que, en la vida, se reúnen nuestros actos y nuestro pensamiento.

El rezo es antes que nada alguien. Lo que llamamos "nuestras oraciones", son instantes nuestros de tomas de conciencia de esta oración - presencia. Basta tomar precaución para que haya realmente oración, es decir adhesión consentida para esta presencia rezante del Espíritu. La respuesta verdadera al Dios que da, que da a sí mismo y que perdona es nuestra oración gratuita. La alabanza es el brote mismo del rezo.

En breve, con la oración no se trata de dar evidencia; se trata de una aventura, aventura que lleva hacia un descubrimiento insospechado del cual no sabemos el término.

Como en toda aventura, nos toca correr un riesgo acerca de la oración. ¿Vas a figurar tú entre los nuestros en el viaje interno hacia las hondas fuentes de la vida? Viaje hacia el interior de lo real, lo verídico, lo que levante el invisible... Orar, es vivir intensa y verdaderamente. Respondiendo a una llamada y bajo la moción del Espíritu.

Viaje más allá de la noche, hacia el asombro y el perdón. Es experiencia a la vez particular y comunitaria, en el séquito de nuestros antepasados y con la sabiduría histórica de los santos y de los místicos. Diremos sólo lo esencial, dejando, luego, a los libros sabios y a la gente instruida la responsabilidad de dar contestaciones a aquellos para quienes un rezo habitual familiarice con la voz del solo Maestro a rezar...

Una generación de cristianos se interroga sobre la oración.

Una generación de cristianos repite, siguiendo a los primeros apóstoles: Señor, enséñanos a orar.

Louis RETIF